

CONVERSACIÓN CARA A CARA

Carmen Andújar

Un día vino a verme, me miró a la cara, dijo que ya me tocaba y yo le contesté:

–No puede ser, no estoy preparada, tengo muchas cosas que hacer aquí.

–Lo siento, hija, tú eso no lo puedes decidir.

–Tengo miedo.

–¿Por qué? No te va a doler.

–Pues yo a todo el mundo que he visto le ha dolido, lo han pasado mal, han sufrido.

–No te preocupes, tú no sufrirás.

–¿Y por qué unos sufren y otros no?

– Es muy difícil de explicar; pero cada persona tiene su destino.

–No me gusta eso.

–Te diré que a mi tampoco. Este oficio está muy poco valorado, nadie nos quiere.

–Vaya, es normal; aunque, si te he de decir la verdad, me siento un poco identificada contigo. Ya sabes que soy profesora, antes éramos veneradas y ahora somos vilipendiadas.

–Sí, tienes razón, se han perdido un poco los valores; pero no le vayáis echar la culpa de eso a Dios, los humanos sois débiles y muchos no aceptáis el esfuerzo para conseguir las cosas, ni para educar a vuestros hijos; aunque yo tengo fe en los jóvenes, ellos son el futuro, ¿no te parece?

–Sí, sí, el futuro. Espero que no te equivoques.

–Yo no me equivoco nunca y, como te decía, todo el mundo sabe que tarde o temprano vendré, deberían estar preparados.

–Sí; pero preferimos no pensar, que pase el tiempo y no asumir nuestro final. Solo cuando nos toca cerca nos hiere, nos rompe todos nuestros esquemas y nos preguntamos el porqué. Yo seguramente soy una excepción, pienso y mucho, y por eso sé, de verdad que lo sé, que no me toca.

– No me digas eso, sabes que no es cierto, te tengo apuntada en mi lista.

–¿Puedo ver esa lista?, estoy segura de que es un error.

–No te la puedo enseñar, te lo has de creer.

–Mira, la vida me ha enseñado que no me puedo creer al primero que venga y me suelte una parrafada como la tuya.

–Yo no soy el primero que venga, tengo un estatus social, y aunque protestes, no me iré sin llevarte conmigo.

–¿Y si te digo todo lo que me queda por hacer? Igual te convenzo.

Aquel extraño individuo miró a su presa, se quedó pensativo y al final le dijo:

–De acuerdo. si consigues convencerme, quizás vuelva en otro momento.

La mujer lo miró fijamente. y con mucha solemnidad comenzó a hablar:

–Necesito pedir perdón a muchas personas que tal vez herí con mis actos o con mis palabras. Necesito acariciar a mi familia y decirles que los quiero. Necesito acercarme a mis amigos y ofrecerles mi apoyo en sus momentos difíciles, quizás no les he dedicado el tiempo suficiente, seguro que no. Necesito acercarme a mis hijas y decirles que las entiendo; aunque a veces parezca que no es así. Necesito comprender a los que les caigo mal; seguro que no conseguiré hacerles cambiar de parecer, pero al menos entenderé su punto de vista. Necesito entender por qué existen las guerras y a la gente que las promociona. Seguro que no los entenderé y me temo que será lo mejor, porque es inexplicable. Necesito entender el mal, el porqué de su existencia; quizás, si lo sé, pueda perdonar tanta maldad. Es difícil y quizás nunca lo logre; pero pondré empeño. Y por último necesito escribir el libro que siempre soñé: *El libro de la vida*. Si, ya sé que ya existe un libro de la vida de Santa Teresa de Jesús; y no me quiero comparar, de verdad, el mío será de todo lo que he aprendido en esta vida que no es poco. Por todo eso necesito que me des más tiempo; aún me queda mucho por vivir.

Entonces aquel individuo la miró fijamente a los ojos y le comentó:

–Creo que tienes razón, me debo de haber equivocado. Te queda mucho por decir en esta vida; pero recuerda, cuando regrese no habrá vuelta atrás.

–Seguro que sí.

La muerte se alejó sigilosamente, dándole a María una nueva oportunidad.